



*Connie  
Mason*

*Amar  
a un extraño*

*Con una bala alojada en la espalda y una partida de vigilantes siguiéndole el rastro, Pierce Delaney se esconde en el primer sitio que encuentra antes de perder el conocimiento: un destartalado rancho en medio de la nada.*

*Cuando se despierta está siendo atendido por una hermosa mujer. Aunque siempre ha sabido que no se puede confiar en el género femenino, cuando aquel ángel rubio le propone un matrimonio de conveniencia —por un corto plazo de tiempo, a cambio de seguir ocultándole de sus perseguidores—, él sólo puede pensar en cómo hacerla suya para siempre.*

### *Dry Gulch, Montana. 1880*

*Pierce Delaney se encontraba reparando el cercado. En su rostro se reflejaba la frustración que sentía y sus brillantes pupilas verdes llameaban de furia. Dio un martillazo más, con el que casi hizo pedazos la madera, y colocó otro clavo.*

*—¿Qué te ha hecho esa cerca? Si no supiera que intentas arreglarla, pensaría que estás tratando de destrozarla.*

*Pierce detuvo sus bruscos movimientos y lanzó una airada mirada a su hermano por encima del hombro.*

*—Será mejor que hoy no me busques las cosquillas, Chad —le dijo bruscamente—. No estoy de humor para bromas.*

Se volvió de nuevo hacia la cerca, pero Chad no estaba dispuesto a dejar pasar el tema. Algo atormentaba a su hermano y él quería saber de qué se trataba.

—Ayer llegaste muy tarde, Pierce. Me comentaste que ibas a pasar por el rancho de Doolittle cuando volvieras del pueblo. ¿Qué pasó? ¿Cora Lee ha vuelto a atosigarte? —le preguntó con una sonrisa petulante.

—No menciones a esa bruja —dijo Pierce rechinando los dientes—. Si no fuera por su padre, ni siquiera me hubiera molestado en ir por allí. Ese pobre hombre está a punto de morir y el borracho de su hijo lo único que hace es llevar la propiedad a la ruina. No es que yo pueda hacer mucho para evitarlo, pero Doolittle y papá fueron buenos amigos y no me cuesta nada adecentar un poco todo aquello. Esa es la única razón por la que fui.

Chad le brindó una descarada sonrisa de oreja a oreja.

—Y yo pensando que era por la dulce Cora Lee.

—¡Maldita sea! Sabes de sobra que las mujeres no dan más que problemas. No se puede confiar en ninguna. Nuestra propia madre es el mejor ejemplo de lo traicioneras que son. ¿Recuerdas lo que papá nos decía siempre? Cuando necesitéis a una mujer, buscaos una furcia, no os decepcionará. Un sabio consejo. No existe ninguna de fiar.

—A mí no me tienes que convencer de nada —dijo Chad con desagrado—. No he olvidado lo que le hizo a papá.

*Jamás le perdonaré que nos abandonara. Lo único bueno de todo aquello fue que viniéramos al oeste y estableciéramos nuestro hogar en estas tierras después de echar a los indios. Cuéntame, ¿qué es lo que te ha irritado tanto?*

*Pierce arrojó el martillo al suelo y apoyó su alto y musculoso cuerpo contra la cerca. Los abultados músculos de sus brazos y su torso demostraban que estaba habituado al trabajo duro. El moreno y apuesto Pierce Delaney, así como sus hermanos, Chad y Ryan, eran bien conocidos en la diminuta localidad de Dry Gulch, Montana. Cada vez que los tres bajaban al pueblo, comenzaban los problemas. Eran hombres rudos que jamás rehuían una pelea. Bebían mucho, jugaban fuerte y peleaban duro. Pero podían ser encantadores si así se lo proponían.*

*A pesar de su salvaje comportamiento, los hermanos Delaney atraían a las mujeres como la miel a las moscas. Conscientes de su reputación y de la manera en que se metían en líos, los padres advertían a sus inocentes hijas de que no se enamoraran de ellos, lo que les hacía todavía más peligrosos y atractivos para ellas, algo que, unido al desdén con que las trataban, les volvía irresistibles ante sus ojos.*

*—El señor Doolittle no se encontraba bien anoche —dijo Pierce—. Cora Lee ni siquiera me dejó subir a verle. Así que estuvimos solos, puesto que su hermano no apareció por allí. Al cabo de un rato se me echó encima y me propuso ir al*

dormitorio. Me aseguró que siempre se había sentido atraída por mi. Cuando la rechacé, se enfadó conmigo.

Chad contuvo la risa.

—¿La rechazaste? Imagino que prefieres pagar en el pueblo que hacerlo con ella.

—Pues sí, prefiero pagar a una puta honesta antes que acostarme con una mujer que sólo tiene en mente el matrimonio.

—Pero, ¿qué ocurrió?

—Me dirigía a la puerta cuando Hal Doolittle entró en la cocina. Fue entonces cuando todo se descontroló, no sé qué le pasó a Cora Lee por la cabeza para hacer semejante cosa.

Chad le lanzó a Pierce una mirada exasperada.

—Maldita sea, Pierce, no me tengas en ascuas. ¿Qué demonios sucedió?

—Cora Lee se echó a llorar de repente y se lanzó a los brazos de su hermano. Le contó entre sollozos que la sedujo en una de las visitas a su padre y que la dejó embarazada.

Chad miró a su hermano sorprendido.

—¿Es cierto?

Pierce pareció a punto de partírsela la cara a su hermano.

—¡Por el amor de Dios, Chad! ¡Jú también? No, no he seducido a Cora Lee. No tengo interés en ella... ni en ninguna otra.

—¿Qué dijo el hermano al respecto?

—La creyó, por supuesto. Me exigió que me casara con ella. ¿Acaso esa gente piensa que soy estúpido? Su rancho se está hundiendo en la miseria y necesitan que Cora Lee se case con alguien que posea el dinero suficiente para sacarlo a flote. Han decidido que yo soy el hombre adecuado. Pero no me van a pescar. No pienso casarme con nadie. ¡Nunca!

Chad negó con la cabeza haciendo que el flequillo castaño oscuro le cayera sobre los ojos. Se lo apartó de la cara.

—Hal Doolittle es más atrevido de lo que creía. En lo que respecta a Cora Lee, siempre ha sido una bruja conspiradora. ¿Crees que está embarazada de verdad?

—Ni lo sé ni me importa. Eso es lo que le dije a Hal, pero no pareció entenderlo. Jueve que utilizar cierta dosis de... er... persuasión para contenerlo. —Se frotó los nudillos despellejados, recordando lo ocurrido.

La pelea había tenido lugar cuando intentó irse. Al final, había dejado a Hal tirado en el suelo y a Cora Lee deshecha en un mar de lágrimas.

—Me imagino que no tienes pensado volver pronto por allí —dijo Chad—. Es una lástima, pero así son las cosas. Quizá

podríamos decirle a Ryan que a partir de ahora sea él quien se acerque a ayudar a Doolittle en las tareas del rancho. Nuestro hermano menor es el más tranquilo de los tres.

Pierce se pasó la mano por el espeso pelo oscuro con aire distraído.

—No quiero que nadie de nuestra familia vuelva a pisar el rancho Doolittle. Soy el cabeza de familia y mi intención es que tú y Ryan os mantengáis alejados de problemas.

—Bueno, puede que lo hayas conseguido con nosotros, pero decía que tú sí que te encuentras en un buen lío, hermano. Parece que Cora Lee necesita con urgencia un marido y ha puesto sus miras en ti.

—¡Puede esperar sentada! —gritó enfurecido—. ¿Aún no ha regresado Ryan del pueblo? —añadió con la voz algo más serena—. Me he quedado sin clavos.

—No, pero debe de estar a punto de hacerlo. Tranquilo, Pierce, cualquiera con dos dedos de frente sabrá que no has dejado embarazada a Cora Lee. Olvidalo.

Pierce recogió el martillo y asestó un fuerte golpe en el clavo que acababa de colocar en su lugar. Chad dio un respingo cuando la madera se astilló; resultaba evidente que su hermano todavía estaba a merced de su ardiente y volátil temperamento. Pierce siempre había sido el más impulsivo de los tres, mientras que Ryan, el más joven, era el más tranquilo. A Chad le gustaba creer que él era el más

*ecuánime y sopesaba las cosas desde todos los ángulos antes de actuar. Y, a pesar de sus diferentes caracteres, siempre se protegían los unos a los otros y los tres estaban totalmente en contra del matrimonio.*

*Pierce continuó dando martillazos, desahogando su cólera y frustración en el desventurado poste de la cerca. Si no mantenía las manos y la mente ocupadas acabaría haciendo algo de lo que se arrepentiría. Todavía recordaba la cara que había puesto Hal Doolittle cuando se negó a casarse con Cora Lee. Aunque no era su intención pegarle, no le había quedado más remedio. Y como Hal era grande, pero blando, no había sido rival para Pierce, que le había tumbado con un puñetazo bien colocado.*

*—Ahi está Ryan —dijo Chad, haciendo sombra con la mano sobre los ojos para protegerse del resplandor del sol—. Parece como si le persiguiera el mismo demonio. Imagino que ha pasado algo.*

*Pierce levantó la mirada; le sorprendió ver a Ryan azuzando a su montura y gritando, aunque no logró entender sus palabras.*

*—Ryan no suele tratar así a su caballo —dijo Pierce, dejando el martillo a un lado. Se incorporó y se acercó a su hermano menor con Chad a la zaga.*



*Ryan frenó en seco, haciendo que el animal se encabritara. Tras controlar con habilidad al castrado, saltó al suelo con la respiración agitada.*

*—¡Tienes que largarte de aquí —le dijo a Pierce tras recuperar un poco el aliento mientras le asia de los hombros y le empujaba hacia el establo—. No les he sacado mucha delantera.*

*—¡Tranquilo, Ryan —le aconsejó Pierce—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué tengo que irme? ¿Quién te sigue?*

*—Los vigilantes. Hal Doolittle acudió al pueblo a primera hora de la mañana. Insistía en que habías seducido a su hermana, que la has dejado embarazada y que te niegas a casarte con ella.*

*—¡Maldita sea, jamás la he tocado —rugió Pierce.*

*—¡Eso no es todo —dijo Ryan—. Hal llevó a Cora Lee al pueblo con él. Alguien dio una paliza a la chica. El viejo Doc Lucas ha tenido que atenderla. Hal afirma que fuiste tú quien la golpeó cuando ella comenzó a insistir en que debía hacer lo correcto.*

*—¡Eso es mentira! Jamás le he puesto la mano encima a una mujer.*

*—¡Eso cuéntaselo a los vigilantes, pero no esperes que te crean. Cora Lee estaba muy magullada y corroboró la historia de Hal. Entonces, Riley Reed movilizó a los*

*hombres para formar una partida de vigilantes. Sin más ley que la suya en el territorio de Montana, piensan que pueden hacer lo que quieran. Van a por ti y como no aceptes casarte con Cora Lee, te colgarán. No hay tiempo que perder, tienes que largarte antes de que lleguen.*

*—Será mejor que te marches —le urgió Chad—, si no acabarán apresándote. En el pueblo hay muchos que envidian la prosperidad de nuestro rancho, incluido Riley Reed. Por no hablar del resentimiento que sienten algunos padres ante nuestra falta de interés por asentarnos y casarnos con sus hijas.*

*—Yo ya he estado casado y no funcionó. Maldita sea, no pienso huir —dijo Pierce con terquedad. Ningún vigilante iba a echarle de sus tierras.*

*—Tienes que hacerlo —insistió Ryan—. No has visto cómo estaban en el pueblo. Yo sí vi lo enfadados que estaban los hombres y la habilidad de que hicieron gala Hal y Riley para provocarlos. También he visto a Cora Lee. No sé quién la golpeó, pero le pegó una buena paliza. No te vendrá mal esconderte durante un tiempo. Chad y yo nos ocuparemos de todo mientras tanto y averiguaremos qué es lo que ha pasado realmente.*

*—Ryan tiene razón, Pierce, tienes que irte. Sabes de sobra cómo se comportan los vigilantes cuando salen de batida. Son la única ley en la zona; nadie se enfrentará a ellos. Coge dinero de casa y vete. Envíanos una carta*

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

